

## **Conocer y dar a conocer, una facultad muy humana**

**Lisa Block de Behar<sup>1</sup>**

### **Resumen**

Reflexiones sobre la terminología asociada al ingreso a la universidad, dirigidas a los estudiantes de la Facultad de Información y Comunicación, en celebración de la reciente unidad institucional que reúne, en una misma facultad, dos áreas disciplinarias afines, así como sobre la auspiciosa convergencia de coincidencias simbólicas que este acontecimiento propicia.

**Palabras clave:** Conocimiento, Universidad, Cultura, Símbolo.

### **To know and to make know, a very human faculty**

#### **Abstract**

Reflections on the terminology associated to the entrance to the university, addressed to the students of the Faculty of Information and Communication, in celebration of the recent institutional unification that brings together, in the same faculty, two related disciplinary areas, as well as on the auspicious convergence of symbolic coincidences that this event promotes.

**Key-words:** Knowledge, University, Culture, Symbol.

La mayor parte del texto que aquí se publica fue presentada, desde mi condición de docente, la más antigua, la más vieja de nuestra flamante Facultad, el 12 de marzo en el Anfiteatro de la Facultad de Información y Comunicación. Pronunciado entre las palabras de bienvenida formuladas por la Decana de la Facultad, Gladys Ceretta, los directores de los Institutos de Información y Comunicación, Paulina Szafrán y Daniel Ottado, respectivamente, y los delegados de los órdenes de docentes, egresados y estudiantes, tuvo por propósito celebrar el acontecimiento de una iniciación que, como suelen ser los comienzos, continúa una etapa institucional anterior, concluida solo desde el punto de vista formal pero siempre vigente, intentando articular conocimientos ya adquiridos, algunos olvidados, otros presentes, todos latentes.

L. B. de B.

---

<sup>1</sup> Prof. Agr. Departamento de Teoría y Metodología. Instituto de Comunicación. Facultad de Información y Comunicación. Universidad de la República (Uruguay). Correo electrónico: lisa.behar@fic.edu.uy

Al compartir con los estudiantes que ingresan a la Facultad de Información y Comunicación la iniciación de una nueva etapa de su formación institucional, quizá sea oportuno recordar una tradición ancestral que identifica las funciones académicas de la Universidad a las funciones biológicas primordiales del ser humano, a esas que favorecen su aparición y adaptación de ser en el mundo.

Si bien no hace falta decir que las primeras experiencias universitarias se diferencian de las biológicas, de las afectivas y las intelectuales primarias, no dudaría en observar sus semejanzas con el fin de comparar el ingreso a la Universidad con quien, al nacer, ingresa a un espacio nuevo, desconocido, puesto que tanto estas experiencias vitales como las institucionales, más formales, más abstractas y conceptuales, son las que, sin oponerse, se incorporan en un mismo individuo y marcan su vida de por vida.

Se sabe que la naturaleza de cada persona, su idioma, sus perspectivas vitales y culturales dependen, en gran parte, de las circunstancias de su nacimiento, de la nación o de la narración que se le trasmite a quien nace en medio de “la tierra que lo rodea” (como decía Sabat Ercasty en una tesis de la que, hace muy poco, nos enteramos gracias al descubrimiento realizado por un colega de la Facultad de Ciencias, en la Biblioteca de nuestro Servicio).

Determinado por un idioma particular, por un paisaje y una cultura impuesta y adoptada, el nuevo ser es incorporado, en cuerpo, alma y mente, a una comunidad dada y, por ahora, que se sepa, nadie ha podido ser consultado antes de nacer sobre la inexorabilidad de esas imposiciones sociales y culturales.

No son opciones sino adopciones inconsultas, involuntarias, impensadas, inevitables. No hay alternativa, y ni siquiera nos cuestionamos sobre un suceso que podría ser entendido como una felicidad o como una fatalidad, inapelables las dos.

Desde el momento en que uno ve la luz se produce la iniciación a un conocimiento, que aún no le pertenece, pero que forma parte del hábitat, ese paisaje que deviene progresivamente familiar, común y propio a la vez.

Sería natural, entonces, vincular el nacimiento con la luz, el nacimiento con el conocimiento, el conocimiento con la luz.

Además es frecuente asociar la luz con el hecho de nacer; decimos dar a luz, y aunque distingamos algunas diferencias, alumbramiento y nacimiento son sinónimos, confirmando el supuesto semántico que las diferencias que presentan los sinónimos son tan necesarias como las semejanzas para que la relación onomasiológica que entablan voces análogas se verifique.

Desde hace años, y todavía en la actualidad, se acostumbra recurrir a algún navegador para obtener una información precisa o para consultar alguna enciclopedia en línea, la más popular, aun sabiendo que no es la más confiable. Cuando se procura información sobre un autor o un investigador que cursó estudios en la enseñanza terciaria, suelen encontrarse allí, en un cuadro a la derecha, sus datos básicos: edad, lugar de nacimiento, nombres

de sus familiares, y, entre esos y otros rubros, podría figurar una locución extraña: *alma mater*.

Tal vez todavía llame la atención esa expresión que, en latín, significa “la madre que alimenta”, “la madre nutricia”, por ser la madre (y no hace falta decirlo) la que nutre o prodiga el alimento primero y primordial para subsistir.

¿Qué tiene que ver esa relación maternal con la Universidad? Aun a riesgo de simplificar se diría que, así como suele ser la madre quien proporciona el alimento indispensable para vivir, la Universidad proporciona otro alimento, espiritual, intelectual, vital. *Alma mater* sería, entonces, una metáfora, pero una metáfora gastada, lexicalizada; una figura que, por el uso excesivo, perdió el sentido figurado, pero también perdió la referencia al alimento.

Al haber sido formulada originalmente en latín, conservada la expresión en una lengua muerta, era previsible que se dieran, por incomprensibles, esas pérdidas. En el uso corriente actual *alma mater* conserva rastros de la importancia jerárquica de una persona a la que se hace referencia en una institución o en una empresa o de quien, en cualquier actividad, dirige y decide.

Es muy posible que algún deslizamiento semántico haya identificado, y con razón, alma con espíritu, con la supremacía que el término sugiere pero del alimento, de la nutrición -ya se decía- no quedan huellas.

Una mención más para agregar a esta curiosa terminología emparentada con la maternidad y su deriva académica. Tratándose de la Universidad, se supone la indiscutible existencia del claustro universitario, ese consejo integrado por delegados del orden de docentes, de egresados, de estudiantes que forma parte del gobierno de la Facultad y la Universidad. Pero no siempre se tiene presente el nexo de ese órgano con la galería cubierta sostenida por columnas, muy clásica, muy ordenada, recoleta, que enmarca el patio principal de la iglesia, como el que se puede ver desde nuestros ventanales.

Históricamente cuando las universidades pertenecían al clero, esos dos claustros no se diferenciaban y se fundaron con un carácter semejante de claustro, es decir de clausura. Pero ya sea monacal, conventual, ya sea universitario, no se descarta la afinidad de ambos recintos con el claustro materno. *Alma mater*, alimento materno, espiritual y carnal, intelectual y biológico. Más que las circunstancias históricas, las palabras se atraen entre sí, tejiendo sus propias redes. No sería justo ni deseable ignorarlas.

Al ingresar a un tiempo y espacio diferentes es necesario sobrellevar un cambio de estado, una crisis de pasaje, que no descarta las adversidades que todo trance implica. Cuando Carlos Real de Azúa examina las vicisitudes que atraviesa la Universidad de la República, en *La Universidad*, un libro pequeño, que data de 1973 pero inédito hasta 1992, publicado unos cuantos años después de su muerte y del restablecimiento de la democracia en nuestro país, se detiene a considerar la recepción y asimilación de ese “patrimonio inmaterial objetivado”, que requiere un cambio previsible,

ansiado, pero no menos difícil. Espiritual, cultural, no se viviría una existencia plenamente humana que se permita prescindir de su posesión.

Dice Real de Azúa:

Verdad es que todo conocimiento, toda ciencia, toda cultura resultan inicialmente externas a cada hombre, ajenas, impositivas, autoritarias. Pero esto es solo el comienzo de un proceso dialéctico de recepción, rechazo, enriquecimiento, continuación e invención en el que todo lo que empieza siendo traba, involucramiento y a la vez sostén, se internaliza, se autentifica, se hace el capital peculiarísimo, inconfundible, de cada uno de nosotros. (1992, p.8-9)

Si bien Real de Azúa juzga el conocimiento, la ciencia, la cultura como circunstancias externas a “cada hombre”, no alude a la instancia del acceso ni insinúa ninguna relación con el parto ni con la partida del claustro materno, pero bien sabe que el ser, al nacer, experimenta un corte, una ruptura, una separación que esta etapa replica. En efecto, el tránsito del no saber al saber impone la aceptación de una gestión autoritaria, institucional o informal, igualmente ajena, y a la que habrá que adaptarse.

Algunos años más tarde, en 1977, en la famosa conferencia inaugural con que Roland Barthes asume su cátedra de Semiología en el *Collège de France*, el muy ponderado profesor se pronuncia en términos que, sentenciosos, se han repetido hasta convertirse en una especie de consigna:

Pero la lengua, como toda acción de lenguaje, no es ni reaccionaria, ni progresista; muy simplemente, es: fascista; porque el fascismo no impide decir sino obliga a decir. Desde que es proferida, aun cuando sea en la intimidad más profunda del sujeto, la lengua entra al servicio de un poder. (1978, p.14)

Citado en extremo, tal vez sea ese uno de los pasajes más recordados no solo de esta conferencia inaugural sino de toda la obra de Barthes. No sé si se ha advertido que su invectiva banaliza el fascismo más que el carácter ínsito de una lengua que, por el solo hecho de ser anterior al hablante, se impone como un fenómeno de precedencia, como parte del acontecer, el más natural de los acaecimientos culturales.

Las resonancias amarillistas de una formulación tan contundente como la de Barthes enfatizan el autoritarismo del pronunciamiento y hasta se confundiría con el tono del régimen que se condena. A diferencia de la discursividad razonada de Real de Azúa, el sensacionalismo de la consigna cunde sin plantearse cómo habría calificado Barthes la lengua que fue instrumento del poder, del peor poder, la lengua detentada por los fascismos de un siglo XX que no los escatimó, de los que, nacido en 1915 en Francia, tuvo noticias directas y de aquellos que le fueron contemporáneos.

Si bien en su “Lección” Barthes atribuye a Roman Jakobson la afirmación “un idioma se define menos por lo que permite decir que por lo que obliga a decir”, la construcción aforística del lingüista ruso no confunde las imposiciones inherentes a las reglas idiomáticas que articulan el decir

con las vociferaciones de quienes ejercen no solo el poder político sino todos los poderes, el lingüístico entre otros, depredándolo, utilizándolo para avalar la brutalidad no verbal que detentan. Los dictámenes totalitarios no distinguen las violencias demagógicas de proclamas que suscitan el aplauso fácil, irreflexivo y fervoroso, derivado de una seducción acrítica inducida por partidarios más totalitarios que participativos. ¿Acaso no son más peligrosos los recursos de la seducción que la aplicación de las normas que requiere el lenguaje, de las estructuras de su lógica que articulan tanto la razón como el conocimiento? ¿Sería sensato considerar fascista la lengua cuando el logos griego abarca, en una misma voz, el conocimiento, la razón y el lenguaje?

Fascinante, la brillante “Lección” de Barthes acusa una arrogancia del discurso que se vuelve en su contra. Tentado por la maestría de su saber decir, quizá no tuvo presente la célebre exhortación de Diderot: “Tener el coraje de pensar por sí mismo” que fue, según Kant, la lúcida proclama de la Ilustración a la que adhirió y repitió sin alterarla: “¡Ten el coraje de servirte de tu propio entendimiento! Es esa la divisa”.

En Secundaria, en los cursos previos de historia, de literatura, de filosofía, se estudia el Siglo de las Luces o el Iluminismo o la Ilustración, sinónimos que se usan a la par con el fin de designar el movimiento espiritual, intelectual y cultural de la segunda mitad del siglo XVIII. Si hablamos de sinónimos, también cabe hablar de homónimos, y en este caso los llamados *Illuminati* lo son. La denominación se parece, pero el significado es muy diferente ya que designa a los miembros de una corriente anterior, mística, bien distinta, tan opuesta, diría que habría que evitar cualquier confusión con la racionalidad de la Ilustración, una época que la exaltó.

Fue un período en el que se veneró el conocimiento, se hizo prevalecer los valores del saber sobre otros valores, asignándole la supremacía a la razón como rasgo antropológico exclusivo de la especie humana.

A pesar de que no escaseaban las injusticias ni los abusos, prevalecía una devoción laica que consagró la mayor fe en el conocimiento. No sorprende que esa convicción haya dado lugar a la aparición de la *Enciclopedia* a mediados del Siglo de las Luces en Francia, una publicación que, acorde con el espíritu del tiempo, se propuso reunir todos los saberes acumulados en los diferentes campos de las ciencias, artes y oficios. De paso no está de más recordar que si bien esa enciclopedia francesa es la más conocida, su publicación deriva y traduce en gran parte la *Cyclopedia Universal* o *Chambers Cyclopedia. Dictionary of Arts and Sciences*, editada en Londres unos cuantos años antes (1728).

Si escuchamos el término Ilustración o Ilustrar, repercute luz en esas palabras y, aunque no sea seguro su origen, resuena en la sílaba esa voz que se atribuye al latín *lux, lucis*. Al hablar de ilustración son varias las nociones que están en juego: razón, estudio, conocimiento, enciclopedia, esclarecimiento, aclaración, lucidez, luces, que vinculábamos al dicho y al hecho de dar a luz.

El nacimiento y el conocimiento están tan entrañablemente unidos que un escritor francés había acuñado una voz nueva, *connaissance*, un neologismo, un *hápax* dirían los filólogos, puesto que no tuvo demasiada fortuna pero que vale evocar, ahora cuando también fusionamos conocimiento y nacimiento en un igual acontecer.

Se sabe que, en principio, una Universidad comprende varias facultades. Esta, la nuestra, de Información y Comunicación es, como Facultad, una de las más recientes, o la de más reciente institucionalización en la Universidad de la República. Sin embargo los dos institutos que comprende, que durante largos años han desempeñado sus respectivas funciones académicas, no las han compartido hasta hace muy poco.

Sus trayectorias fueron en parte paralelas; sus sedes, distantes; sus historias, distintas, pero hoy las rige un mismo estatuto, convergen en un mismo servicio, un mismo edificio y celebramos esa unidad, esta unión que nos permite compartir algunas disciplinas; y si bien solo en parte son similares nuestros planes, nos asisten fines afines, una afinidad que hoy tiende a consolidarse en un mismo local.

Este edificio es nuestra sede. Nos reunimos aquí, donde disfrutamos no solo de una espléndida obra de arquitectura contemporánea sino de una construcción que ha contemplado las funciones específicas de la Facultad, los propósitos pertinentes y solidarios de los dos institutos que la constituyen.

Quienes hace años que pertenecemos a este Servicio, advertimos que se ha producido un doble o triple progreso, recientes todos: el edificio (como se decía) que es la prueba más visible de ese progreso; y un doble cambio de estatuto. Ahora dos escuelas devinieron dos institutos y los dos institutos forman una sola Facultad, que nos reúne a ambos en un único Servicio.

No sé si fue intencional o si solo se debe a la casualidad (y conste que no digo mera casualidad, porque las casualidades siguen siendo demasiado misteriosas para considerarlas así de simples). Decía casualidad para referirme a una relación simbólica que suma una significación más a estos cambios de estado, de locales, de estatutos e instituciones.

Al haber optado los estudiantes de bibliotecología, archivología y comunicación por una formación en la que prevalecen conocimientos que implican registrar, conservar, comunicar, tanto como imaginar y crear, seguramente ya habrán pensado en el estudio de los símbolos, ineludibles para nuestras disciplinas, para todas las disciplinas.

Para todas, ya que el símbolo es una noción que define la condición humana, inscrita en la genealogía del *homo sapiens* y vale a la par de la de su ser simbólico. Por eso me parece que vale la pena que nos detengamos unos minutos a revisar esta noción que, desde distintos puntos de vista (lingüístico, sociológico, psicológico, económico, antropológico, semiótico, histórico, poético, filosófico) se abordará a lo largo de las diferentes disciplinas que cursarán muy pronto.

¿Cómo definiríamos los símbolos? Entre otras definiciones, de complejidad y extensión diversa, una apropiada sería: “los símbolos son un objeto material o mental que representa una imagen asociada a una idea”.

Temiendo incurrir en la simplificación de taxonomías interminables, reiteraría, entre los más comunes y estereotipados: la bandera, símbolo de la patria; la paloma, símbolo de la paz; Ansina, que puede simbolizar la lealtad; Penélope, que sería el símbolo de la fidelidad; Odiseo o Ulises, el de la astucia. Fe simboliza el hierro; Pb, el plomo; la arroba simboliza el correo electrónico, pero también se usa o se usó para la indefinición de género o de su diversidad. La Química, la Lógica, la Informática y otras disciplinas tan variadas como las que van desde las matemáticas a la teología multiplican la terminología simbólica. Elementos, astros, cosas, animales, vegetales, personas, personajes, construcciones, ideas, recuerdos, sueños, inventos, nada podría detener el devenir simbólico.

Los símbolos religiosos empiezan por ser figurados pero al ritualizarse, abstraídos los rasgos semánticos que particularizan su imagen, se aplican universales, *urbi et orbi*: la cruz, la hostia, el vino, los íconos, los escudos, el lábaro y otras banderas o el cayado, el bastón de un pastor que conduce a sus ovejas, como el cura a su grey, a su rebaño, evoca una relación bucólica que se remonta a la fundación de los pueblos y de sus creencias. Son numerosas las representaciones que muestran a Moisés sosteniendo las Tablas de la Ley así como el báculo pastoril, quien orienta por las Sagradas escrituras y orienta el camino hacia la libertad.

Nos detenemos en los símbolos solo un momento más, aunque la historia es larga y el futuro imprevisible.

Nos referimos a las edades pretéritas, al tiempo de los griegos en la antigüedad, de su filosofía y, en especial, a uno de los diálogos más conocidos de Platón. Se trata del *Banquete* o *Simposio*, que es eso lo que significa *simposion* en griego. El subtítulo de este diálogo es *Del amor* porque el amor es su tema. Como en otros diálogos, Sócrates es el protagonista. Sin embargo es a Aristófanes a quien le corresponde contar la leyenda del origen de los símbolos. ¿A Aristófanes? ¿Un autor de comedias, de sátiras sarcásticas y hasta soeces? ¿Un personaje que habría comido o bebido más de la cuenta en el banquete, tanto que, para hacer su discurso necesita esperar a que se le pase el hipo?

Es curioso que uno de los discursos fundacionales del pensamiento occidental haya sido formulado por un comediógrafo con hipo en un banquete. La ironía de Platón se suma a la de Sócrates.

Aristófanes se divierte contando a los comensales que, en tiempos remotos, habrían existido tres clases de seres: hombres, mujeres y andróginos, llamados así estos últimos porque reunían ambos sexos. Sus miembros duplicados, disponían de cuatro brazos y cuatro piernas, y se valían de la redondez de sus cuerpos como ruedas para desplazarse con la mayor rapidez. Iban rodando con tal destreza que, convencidos de su poder, se propusieron alcanzar el cielo y devenir tan poderosos como los dioses. La soberbia ambición de los andróginos provoca la ira de Zeus quien, para castigarlos, decidió cortarlos al medio, de modo que, disminuido su poder, ya no se atrevieran a competir con las divinidades. (Las mentiras de la serpiente en el Paraíso, la torre de Babel, los andróginos. No son los únicos ejemplos de codicia desmedida que provoca el castigo divino. De una

cultura a otra cultura, los personajes cambian pero los argumentos se repiten).

Partidos al medio, los andróginos deambulan desde entonces entre hombres y mujeres, nostálgicos de la mitad que les falta, desesperados por encontrarla. Solo el amor logra restituir la querida mitad, y así reunidas ambas, retornarían una y otra a la unidad inicial.

Los griegos, y también los romanos, asociaban los símbolos con las cerámicas, la terracota, la tierra cocida, la arcilla. Pero más viejos aún que las cerámicas, son los huesitos de carnero que se utilizaron en un juego ancestral, similar a la *taba criolla*, a la que todavía se apuesta en las reuniones de nuestra campaña. Se jugaba con esos huesos que los griegos llamaron *kubos* (con ka), una suerte de dados que se arrojan, con o sin cubilete, en un rápido gesto, de una sola vez. Pero su uso no solo se aplicó al juego. Con el tiempo esos cubos, esos dados, arrojados en un solo lance se convirtieron en una contraseña, un signo de reconocimiento, de encuentro sentimental, de una comunión afectuosa o amistosa, aptos para actualizar un sentimiento compartido.

Es ese el origen de los símbolos: una pieza realizada en cualquier material, partida en dos mitades que se reparten dos individuos de modo que cada uno conserva una parte para que algún día, ellos mismos o sus descendientes, al encontrarse, se pudieran reconocer como autores de un pacto, dando prueba, al combinar las partes, de una unión anterior. Al comprobar que esas mitades hacen juego, si ajustan, confirmarán una comunión transmitida de padres a hijos, sentimientos de afecto que también se heredan.

Las partes hacen juego, combinan, se corresponden. De ahí la *taba*, los cubos, los dados, arrojados en un tiempo. Es eso, precisamente lo que significa *symbolon*, la voz griega en un principio: arrojar, tirar de golpe, en forma simultánea, los pequeños cubos. Hace unos días leía una noticia que anunciaba un descubrimiento: *L'Homme de Néandertal était un artiste... qui jouait avec les symboles* (Artículo de L'OBS, 22.2.2018), jugaba a los dados, practicaba sus ritos y tal vez hasta los veneró.

Ahora bien, en su uso verbal y retórico el símbolo reúne dos partes; es el hablante quien aúna sus contenidos, fundiendo en una sola palabra un significado literal y un sentido figurado. Los símbolos poéticos contraen esa dualidad, concertando el sentido figurado -en el que predomina la imaginación personal del hablante- y el significado literal, conceptual, universal común a los demás hablantes en una sola voz.

La luna, por ejemplo, ese cuerpo astral, el satélite bien conocido, es un objeto muy simbolizable, muy simbolizado. En lugar de luna, García Lorca ve y dice que es un ajo de plata; según Herrera y Reissig es una calavera seca y hueca; para Jules Laforgue es un ojo ciego, un fósil, un cadáver o un cráneo helado; también para Blanqui es un esqueleto congelado y se compadece al ver a esas "pobres lunitas muertas, sin agua ni atmósfera, sin flora ni fauna; como si no hubieran vivido; ni siquiera son un cadáver". Para Lugones, Leopoldo Lugones, el poeta argentino, la luna es un pérfido aparato, no solo porque rima con gato. Divertido, burlándose de su apellido, decía descender del abolengo de los Lunones. Borges, que decía



que los espejos eran abominables, se veía en la luna como en un espejo nocturno. Bastante macabros, los ejemplos son interminables. Cada poeta tiene su propio lunario. Emilio Oribe, en sus *Alucinaciones de la belleza* (1912), invoca la luna tantas veces y a uno de sus sonetos lo titula “Símbolo de luna”.

Veíamos que la fantasía, los mitos y las doctrinas son semejantes en las distintas tradiciones: la división de los andróginos, la expulsión del Paraíso, primero; la destrucción de la torre, después. Judíos y griegos responden a cronologías y culturas distintas, sus doctrinas son diferentes, sin embargo, los mitos y sus leyendas acuerdan en parte. ¿Limitaciones de la imaginación? ¿Influencias de unas culturas en otras? ¿Ambas razones?

La cábala judía imagina que Dios, al advertir las bondades de la luz, quiso conservarla en vasijas, pero su luz fue tan potente que estas no pudieron contenerla y se quebraron. Por esas fracturas y fragmentos entrevemos el mundo entre luces y sombras; como si fueran los espectros que recuerda la alegoría de la caverna platónica, en la que solo entrevemos algunas sombras, algunos resplandores y pocos recuerdos. Otras culturas presentan alegorías parecidas.

¿Qué imaginan las fantasías orientales? Según la filosofía zen no deben desecharse las piezas que se rompen ni lamentar las fracturas de los objetos nobles y frágiles, al contrario. Si se rompen, reconstruidos, los fragmentos valen más que la pieza entera. Por eso intentan restaurar el objeto destrozado, restituyendo los trozos, aun cuando se noten las marcas, los remiendos de esa acción; más aún, sin disimularlos. Entienden que los fragmentos y las huellas provienen de la belleza original, acrecentada además por el amor y el esfuerzo de quien restauró los restos. *Kintsugi* se denomina ese procedimiento budista que aplica las técnicas de la cerámica a la construcción y reconstrucción de piezas. Gracias a una maestría tradicional se restauran platos, fuentes, tazas, cacharros, porcelanas, lozas, cerámicas.

La arcilla es frágil, las piezas se quiebran pero no se tiran, se reparan. El verbo reparar significa mucho más que restaurar, que ya es bastante, también significa “detenerse a observar, no ser indiferente”. Según el *kintsugi* no habría que ocultar las grietas, las fracturas, los daños sino partir de esas fallas para repararlas, contemplarlas, con el mayor cuidado, generando otra belleza, vieja y nueva a la vez.

A propósito, hay un par de versos muy hermosos de uno de los poetas, Leonard Cohen, que supo hacer de su poesía canto y de la canción su oración. Leonard cantaba o rezaba cuando decía:

There is a crack  
A crack in every thing –  
That's how  
the light gets in.

Hace poco mencionábamos la importancia del local en el que estamos, en esta sede, donde existen dos institutos comprometidos en

informar y comunicar, que, si nos atenemos al significado profundo de las palabras, son acciones o actividades que no se diferencian demasiado.

Para finalizar deseamos que todas las coincidencias resumidas y muchas más sean favorables a los recién ingresados. Son varias y significativas ya que esta Facultad se asienta alrededor de una parroquia restaurada donde se recibían niños expósitos, esos bebés abandonados al nacer. Sin dañar el edificio eclesiástico, nuestra Facultad se ha emplazado en un sitio laico, donde no inciden las órdenes clericales, ninguna orden de ningún otro orden, ni teológico ni ideológico.

Desconozco si la intención de los arquitectos de la Universidad, al reparar la fachada de la parroquia de Nuestra Señora del Huerto y San José e integrarla al nuevo edificio, tuvieron presente las creencias de la filosofía zen, los principios de la cábala o los antecedentes filosóficos de la función simbólica.

A manera de bienvenida y deseando un auspicioso comienzo, relacionamos nacimientos, conocimientos, aquí donde se adquieren y difunden los saberes; establecidos en un edificio, construido en torno a una vieja capilla, que ostenta la fusión de una reliquia del siglo XIX y un muy nuevo y muy moderno edificio universitario. Aquí, donde los símbolos de numerosos encuentros y pruebas de unidad coinciden.

Son varios los vestigios que se conservan de la función simbólica, que es condición de toda formación, intelectual, espiritual, humana. Son varios y convergen en esta Facultad, que tiene por objeto estudiar la información y conservación del conocimiento, una Facultad que, como toda facultad humana y académica, intenta conciliar, en el presente, saberes del pasado con los saberes de tiempos por venir, para conocerlos y darlos a conocer.

## **Referencias**

BARTHES, R. (1978). *Leçon*. Paris: Seuil.

BLANQUI, L. (2009). *L'Éternité par les astres*. Genève: Éditions Slatkine.

COHEN, L. (1992). "Anthem". In *The Future*. New York: Columbia Records.

GARCÍA LORCA, F. (1964). *Obras completas*. Barcelona: Aguilar.

HERRERA Y REISSIG, J. (1966). *Obras poéticas*, prólogo de Alberto Zum Felde. Montevideo: Biblioteca Artigas, Col. Clásicos Uruguayos.

KANT, E. (2013). *¿Qué es la ilustración?* Madrid: Alianza. Original 1784.

LAFORGUE, J. (1909). *Poésies*. Paris: Mercure de France.

LUGONES, L. (1909). *Lunario sentimental*. Buenos Aires: Arnoldo Moen y Hermano.

NICOLA, S.; BLUNCOSKI, R. (1978). *Carlos Sabat Ercasty. Bibliografía e historia de sus libros*. Montevideo: EUBCA.

ORIBE, E. (1912). *Alucinaciones de belleza*. Montevideo: Luis y Manuel Pérez editores.

REAL DE AZÚA, C. (1992). *La Universidad.*, Montevideo: CELADU.